

y hasta disculpa. Incluso las pasiones políticas. Pero es cierto también que en este mundo faltan muchísimos psiquiatras. Porque falta también muchísima medida.

* * *

Voy a reproducir algunas desmesuras. Hace ya cinco años se publicó en una revista española (17) el ensayo de Sábato *Nuestro tiempo del desprecio*, al que aludimos más atrás. Dos disconformes reprocharon a la revista haber dado cabida a ese texto o, al menos, no haberlo acompañado con unos párrafos que desautorizasen su contenido, «desenmascarando» a su autor. Consiéntame el lector citar algunas frases sin mencionar a sus autores. Y no piense que eludo por desdén la consignación de esos nombres. Sencillamente, a estas alturas de este escrito ya me encuentro un poco cansado, un poco triste, al darme cuenta de que quizá no sirva de gran cosa, o que incluso no sirva para nada. Y esto me hace pensar (esto: el cansancio) que tal vez sea mejor no provocar una polémica que muy posiblemente no sirviese de nada (aunque, sin duda alguna, no la voy a eludir si se produce). Además, he hablado años después, hace muy poco, con uno de los autores de esa protesta doble (el más templado, creo; y no el menos injusto, creo). Hablé de aquella página con él. Me pareció dispuesto (diría: capacitado) a matizarla. Dialogamos, en fin, de manera tranquila. Quizá sea mi deber, al citar hoy aquí algo que él escribió hace ya cinco años, no provocarlo mencionando su nombre. El problema, por lo demás, no es tanto un problema de nombres cuanto de pasiones políticas. Pasiones que la Historia se obstina en erizar y en cuyo erizamiento unos se inscriben en un frente para sentir alivio contra el horror a la intemperie, y otros siguen en la intemperie para sentir alivio contra el horror de la parcialidad. Parciales, erizadas, y a veces insultantes, son las frases siguientes: «Respecto a [Sábato] es indignante ver cómo le conceden ¡diez páginas! para que se luzca con sus regurgitaciones políticas...» «Sábato —de cuyas virtudes literarias no dudo, pero que siempre ha sido oscurantista y metafísico en cuanto se acude al terrenal mundo de la lucha de clases— sino de quienes le conceden semejante despliegue gráfico...» Me abstengo de preguntar al justiciero si se refiere a las clases sometidas en cualquier lugar de la Tierra o si, con modestia, le duelen sólo unas poquitas clases. «No os dejéis ganar [prosigue, ahora con modestia menor, por lo menos verbal] por los cantos de sirena, refritos de pasatismo burgués adicio-

(17) *El viejo topo*, núm. 18, Barcelona, marzo 1978.

nados con bellos términos, de plumíferos al servicio del capital y de los entretenimientos ociosos de quienes no tienen nada que ganar y sí mucho que perder, acudiendo a la profundización de los grandes temas que permitirán lograr una férrea unidad entre los oprimidos del mundo». Me abstengo, otra vez. Y después, el enojado, tras no dudar de las «virtudes literarias» de Sábato y llamarlo plumífero, agrega, concedamos que con poca finura y hasta con poca consecuencia, que Sábato es un «gilipoyas» y finalmente —quiero decir: ¡por fin!— se despide con «Un saludo revolucionario de un compañero hispanoargentino y lector consecuente». Vale. Con más sosegada sintaxis (quizá podría decirse: con un odio más autocensurado), el otro protector del buen nombre de la publicación («me preocupó encontrar en las páginas del Topo a Ernesto Sábato, confuso personaje...») resume medio siglo de la vida de Sábato con asombrosa capacidad de síntesis y de esta guisa o manera y en entrecomillado modo: «Sábato recorrió todo el trayecto del escritor liberal argentino: racionalista, existencialista, después PC, después pasó del anti-peronismo exacerbado a los coqueteos conciliadores con el peronismo, para terminar acusando a las organizaciones revolucionarias de 'terroristas' y almorzando con Videla». Luego menciona a «cientos que se han exiliado y que no juegan a dos paños como Sábato: viviendo en Buenos Aires, apoyando el régimen [de Videla] y escribiendo en Barcelona, en el Viejo Topo». «Si leen atentamente verán que no denuncia nada, se limita a gestos lindantes constantemente con la metafísica (...) Es coherente que Sábato no admita que existe una violencia reaccionaria y otra de signo revolucionario [¿ah, sí: es coherente?]; es coherente que siendo un metafísico y que almorzando con Videla...» «También podríamos contestarle a Sábato con argumentos filosóficos [a veces soy un descreído: lo dudo] demostrando el carácter eminentemente metafísico y en el fondo plagado de anticomunismo que destila su discurso. Pero no tengo tiempo. Mejor dicho, no tengo más tiempo para Sábato». En cambio, a mí me queda aún algo de tiempo. No mucho. El suficiente para algunas matizaciones: «Me preocupó encontrar en las páginas del Topo...»; esa preocupación revela a un antidemócrata: es la preocupación del censor. Sábato no fue racionalista (se le suele acusar de lo contrario): fue científico; abandonó la física por la literatura. Sí fue, en cambio, PC: ya hemos dicho por qué lo abandonó, y, sobre todo, cuándo. Sobre su antiperonismo «exacerbado», después añadiré unas líneas para mostrar que no hubo incoherencia en Sábato ante ese fenómeno político. Sobre los exiliados «que no juegan a dos paños»: es cierto: Sábato combate a *los dos paños*, al contrario que muchos